

LA UNIVERSIDAD DE CHILE Y EL CENTENARIO DE VICUÑA MACKENNA

Toda la República ha conmemorado en forma solemne el primer centenario del nacimiento de Vicuña Mackenna, asociándose la Universidad de Chile de modo especial, pues el gran ciudadano perteneció a ella como abogado y como miembro académico de una de sus facultades.

Durante todo el transcurso de su gloriosa existencia Vicuña Mackenna honró a esta Universidad, ya fuera en sus labores de hombre de estado o desde la tribuna parlamentaria y de la académica o en las columnas de los diarios y en las páginas de sus libros. Cabe recordar que algunos de sus trabajos históricos de juventud fueron leídos en esta casa y publicados en sus *Anales*. A varios de sus más notables estudios está, también, vinculada nuestra institución.

Por todo ello debió la Universidad de Chile tomar participación destacada en las fiestas nacionales con que el país honró la memoria de Vicuña Mackenna.

He aquí una relación suscita de esas fiestas:

El día 25 de Agosto, en la mañana, fueron trasladadas las cenizas del Soldado Chileno hasta la Plaza Vicuña Mackenna. Al pie del monumento se llevó a cabo una imponente

ceremonia cívica, presidida por el primer mandatario de la Nación y todos sus secretarios de Estado. Se descubrió una placa conmemorativa mandada colocar por la I. Municipalidad de Santiago.

En seguida fueron conducidos los restos del Soldado Chileno, con escolta de todo el Gobierno, hasta la Plaza Italia, en donde se les sepultó junto al monumento del General Baquedano. Tanto en esa ceremonia como en la anterior, representantes, delegados obreros y militares pronunciaron discursos en honra del ilustre maestro y gran ciudadano.

Los veteranos de la Guerra del Pacífico e instituciones obreras fueron, después, festejados por el Bando de Piedad de Chile y la Comisión Oficial del Centenario.

A las quince horas los representantes de la I. Municipalidad de Santiago descubrieron las placas de la Avenida Victoria Subercaseaux, así bautizada en memoria de la compañera de Vicuña Mackenna.

A las diecisiete horas tuvo lugar una Velada en la Biblioteca Nacional. Hablaron en ella el Director General de Bibliotecas, señor Tomás Thayer Ojeda y don Guillermo Feliú Cruz. Inmediatamente después fué inaugurada la Exposición Bibliográfica de Vicuña Mackenna y bautizado el Salón de Lectura de la Sección Chilena de la Biblioteca Nacional con el título de «Sala Benjamín Vicuña Mackenna».

A las 18.30 horas, presidida por S. E. el Vice-Presidente de la República y su gabinete, se llevó a cabo en el Teatro Municipal la Velada Solemne preparada por la I. Municipalidad.

La Plaza Vicuña Mackenna y el Cerro Santa Lucía fueron iluminados a giorno y la capital permaneció embanderada todo el día. Retretas extraordinarias tuvieron lugar, en la tarde, en todas las plazas de Santiago.

El día 26 de Agosto, a las 18.30 horas se llevó a efecto en el Salón de Honor de la Universidad una Sesión solemne en memoria de Vicuña Mackenna. Presidieron el Ministro de

Educación Pública, señor Pedro Godoy; el Rector, señor Pedro León Loyola; el Secretario General, señor Enrique L. Marshall y el Subsecretario de Educación, señor René Silva Espejo. Entre la numerosa concurrencia que llenaba el aula magna se hacían notar ministros de Estado, miembros del cuerpo diplomático y del mundo oficial, profesores y alumnos.

Durante el acto hablaron: don Mariano Latorre en nombre de la Universidad, el señor Abel Valdés, en representación de los intelectuales jóvenes y don Ricardo Donoso por la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

Damos el texto de estos discursos:

DON MARIANO LATORRE

La Universidad de Chile me ha designado para representarla en esta velada que conmemora el Centenario del nacimiento del gran escritor chileno, Benjamín Vicuña Mackenna. Lo he llamado escritor deliberadamente y no historiador o ciudadano ilustre, porque Vicuña Mackenna representa en mi concepto al genuino hombre de letras, sin alardes estéticos ni transcendentalismos rebuscados. Consagró toda su actividad intelectual, en el libro o en el periódico, a luchar por su verdad en una época en que vivir de la pluma era una profesión heroica. Su misión de escritor comprendíala, no como una alegría de creación, sino como un deber cívico, como una exaltación de la nacionalidad, como un canto a las virtudes de la raza en adolescencia y a la maravilla de la naturaleza de Chile.

La vida es una faena, dice en una carta al General Mitre en 1882, y esta frase es el lema de su vida y de su obra. Hay en él un luchador, un apóstol, que recuerda el temple espiritual de un Zola o de un León Tolstoy.

Vicuña fué un escritor antes que nada y un escritor chileno. Su tumultuosa improvisación, su visión exaltada de los hechos y de las personas, su concepto del arte de escribir nada significan ante la vida que creó y ante la sinceridad que puso en su creación.

¡Chile! He aquí el objeto de su culto. Nada se escapó a

su curiosidad insaciable. Historia y clima, hombres y ciudades, minas y archipiélagos, árboles y cordilleras. Sus ojos voraces lo escudriñaron todo y en todo puso un punto de luz. Documentos empolvados de los archivos, viejos testigos de una época que terminaban su vida en lejanas aldeas, legajos amarillentos de notarías y juzgados, mazos de cartas de otro tiempo que su dueño guardaba en un rincón olvidado, pasaban por sus manos incansables y su mágico dinamismo las convertía en cuadros, los cuadros hacíanse dramas y los dramas creaban tipos, modelados por la imaginación con sabrosa levadura humana.

Alguien lo pinta, preso de la angustia, buscando un documento que necesita y no se halla. Sigue su pista como un detective. Viaja, corre, inquiere y no descansa hasta que la ansiada prueba llega a su poder. Entonces redacta con morbosos apresuramiento. Su fiebre creadora nada rechaza y así se mezclan en los ciento noventa volúmenes de su labor, las cosas más dispares y heterogéneas. Desde las alpacas del altiplano a las consideraciones internacionales, desde los soldados a los héroes colectivos, desde la anécdota a la gravedad de la historia, desde las teorías constitucionales hasta el modo de sonarse de los señores santiaguinos de la colonia.

Parecen decir sus prólogos, sus prefacios, sus notas: Si yo no lo recojo, esto se va a perder.

Los países jóvenes evolucionan con rapidez y por lo mismo, olvidan fácilmente. Las generaciones se desconectan espiritualmente en la precipitación de este progreso y los hombres de ayer nos parecen tan lejanos e incomprensibles como personajes de leyenda. Esos hechos históricos, esas costumbres, esos hombres representaban, para él, la comprensión del alma chilena en el futuro, la memoria de una época.

Pero en este esfuerzo multiforme, aparentemente desordenado y febril, había una voluntad, una corriente orientadora. El mismo lo explica muy bien:

«Buscar al hombre, dice, desenterrar sus cenizas sin profanarlas, exhumar su pensamiento y su corazón sin lisonja ni calumnia, estudiarlo en todas sus fases, excepto la única que hay vedada para el escritor honrado, la del hogar, es trazar la existencia misma de una época con todas sus sombras

y sus espacios luminosos y hacer revivir como en un cuadro animado, la sociedad, el pueblo y los gobiernos».

He ahí su concepto de la historia, la sangre de humanidad que circula por sus páginas. Es un imaginativo y la mayor o menor dosis de fantasía que inyecte en sus interpretaciones, fijarán la posición de su espíritu, frente al hecho o al personaje. Además, está impregnado de romanticismo como la mayoría de los hombres de su tiempo y éste agregará a sus juicios un nuevo elemento.

La verdad histórica será en sus manos blanda arcilla para modelar la imagen que ya se ha plasmado dentro de él. Obra más como un novelista que como un historiador. El vidente aparta las minucias de la documentación y coge sólo lo humano, lo nacional, lo que tiene calor de vida. La historia que se limita a enumerar los sucesos y a relatarlos sujetos a la cronología, no le interesa. Puede equivocarse, sin duda, pero posee la intuición, chispa de genio, y ésta lo salva siempre. Las cualidades oscurecen a los defectos en los personajes de sus biografías; pero la imaginación los transforma en símbolos. Despréndense de los chismes de la aldea, de las envidias, de las pasiones políticas y se purifican al convertirse en héroes de su raza.

El *Ostracismo de los Carreras*, el *Ostracismo de O'Higgins*, el *Portales*, *La Guerra a Muerte*, son epopeyas en prosa que participan de la gesta, de la novela y de la crónica.

En Chile, país de medida, de buen sentido, de socarronería ante las innovaciones, la figura de Vicuña Mackenna es algo insólito; mas, si pensamos en el remanso semi-colonial del Santiago de 1870. La espontaneidad generosa de sus actos, su contagioso espíritu cívico triunfó sobre las reticencias y las sonrisillas incrédulas. En su cara ancha, cortada por espesos bigotes varoniles, los ojos parecen mirar por encima de las cordilleras, como las águilas.

A raíz de la publicación de su *Portales*, don José Victorino Lastarria le escribe una carta, en que se lee esta frase: Sí, Benjamín, usted se enamora para escribir esas historias.

No pudo definirse mejor la personalidad de Vicuña Mackenna.

Como un enamorado procede en la vida, sin temor al ridículo, sacrificándolo todo al objeto de su amor.

Enamorado de la naturaleza de Chile, canta sus ríos y sus mares, las frutas de sus huertos y la gracia de sus arboledas, la feracidad de sus campiñas y el oro y el cobre de sus cordilleras.

Enamorado de la libertad, concebida a la manera liberal de esos tiempos, lucha por el libre examen y por la reforma de la Constitución. El revolucionario va al destierro, en la estrecha cámara de un velero.

Enamorado de su pueblo y de su raza es un juglar de gesta en la guerra del Pacífico. Su epopeya no la forman cinceladas estrofas. Son cantos guerreros, biografías inflamadas, descripciones de batallas, arrebatadoras cargas a la bayoneta. Es al pueblo chileno, a la masa hecha soldado, a la que canta.

Enamorado de Santiago (en la calle de las Agustinas, en la acera del sol había nacido) añora su pasado, las rejas de sus caserones, la mansa quietud de su vida estrecha, para que en la transformación que él mismo va a efectuar en sus paseos, en sus calles, en su arquitectura, se conserve la sombra y los perfiles de la vieja ciudad de Pedro de Valdivia, que pronto desaparecerá bajo la azada de los albañiles, para no volver, según sus palabras.

DÓN ABEL VALDES

¿Cómo decir de don Benjamín Vicuña Mackenna, una palabra nueva? ¿Cómo hablar sobre su personalidad, sin repetir lo ya dicho, sin escribir lo que ya se ha escrito, sin insistir en lo que todos sabemos?

La figura de Vicuña Mackenna es para todos los que desean estudiar nuestra historia, una fuente inagotable de enseñanzas y un misterio espiritual muy hondo.

Un misterio, porque su obra, su espíritu y su vida tienen una línea contradictoria y paradójica en muchos puntos inexplicables y una fuente de enseñanzas porque su actitud ante

la vida, a cien años de su nacimiento y a cuarenta y cinco de su muerte, aún nos está dando lecciones para el porvenir.

¿Qué fué en la vida chilena don Benjamín Vicuña Mackenna? La pregunta a fuer de parecer ociosa, es imprescindible. Tratamos de situar a este hombre en el Chile que él vivió, y que por lo que él supo contarnos, se parece poco a este otro Chile en que nos ha tocado vivir a las generaciones de hoy.

Pertenecía por su familia y por sus tradiciones a la porción más selecta de nuestra sociedad, la clase alta, aristocrática, en jerga de asamblea política, oligarca. No quisiéramos entrar en disquisiciones sociológicas; todos vosotros sabéis lo aburridas que son, y sólo nos excusaría hacer una disertación sobre nuestra aristocracia criolla el hecho de que en estos últimos años se han preocupado tanto de ella, elementos ajenos a toda aristocracia. Sin embargo, preciso es reconocer ciertos hechos no nuevos. Estas son las características primordiales de nuestra clase alta: sentido práctico avezado, carencia de fantasía y de imaginación; espíritu de codicia y de esfuerzo, y, por sobre otras calidades secundarias, una magnífica falta de cultura y un sincero desdén por toda inquietud intelectual no reproductiva.

Orden, esfuerzo, realidad, rutina y cordura imperan en ella y el criterio práctico de sus componentes sirve más que las inquietudes del talento o los arrebatos de la imaginación. Si para caracterizar a la aristocracia chilena del pasado siglo se emplearan términos literarios, forzosamente habríamos de reconocer que representa el espíritu clásico, sujeto a las necesidades y realidades inmediatas de la dura existencia cotidiana; y refractario a toda expansión o liberación, que en literatura podría calificarse como de un peligroso romanticismo.

Condicionada por la prudencia; sujeta por la utilidad apreciable en dinero de todos sus esfuerzos; enemiga de toda exterioridad inútil, la porción de sociedad a la que pertenecía Vicuña Mackenna, no pudo reconocer en él, aristócrata hasta la médula, uno de sus hijos representativos.

Es conveniente insistir en este aspecto de don Benjamín Vicuña. En la clase dirigente de Chile del pasado siglo, a la que él pertenecía por sus relaciones, por sus aficiones, por su sangre, el escritor fué un descentrado, esto es, un hombre fuera de su centro. No tenía ninguna de las cualidades del «hombre de derecha», de ese hombre que principia siendo «joven cumplido», después entra a las luchas políticas y se convierte en un «hombre muy habiloso y muy diablo»; se retira de las actividades políticas para pasar a ser «todo un caballero» y finalmente después de una vida, en muchos casos inútil, muere convertido en «eminente patricio», «ilustre patriarca» o «gran repúblico», según haya figurado en política en las filas conservadoras, radicales o liberales.

Vicuña Mackenna antes que el tipo de una serie, era un carácter personal, una inquietud personal, un hombre personal. Esta circunstancia no se la perdonó nunca nuestra aristocracia, y toda su vida tuvo que soportar don Benjamín el peso de la resistencia sorda que le opuso su medio que era el dirigente del país, a sus ideas, a sus proyectos, a su espíritu generoso. Para su medio don Benjamín Vicuña Mackenna fué siempre un «loco», un «chiflado» y la actitud de la aristocracia en toda su vida, se encuentra demostrada en las burlas con que se recibieron sus mejores proyectos, el desdén con que se miró su producción intelectual y en las palabras que siguen, que condensan el hecho que hemos señalado y que aparecen en *El Independiente* de 10 de Mayo de 1875, diario oficial del Partido Conservador, cuando Vicuña era a la época candidato a la Presidencia de la República: «Téngase pues, entendido y quede aquí sentado, que nosotros rechazamos la candidatura del señor Vicuña Mackenna, sin tomar para nada en cuenta ni las filas de donde sale, ni sus creencias personales, ni siquiera sus actos anteriores de su vida pública o privada».

Se le rechazaba, pues, porque sí.

Hemos visto que don Benjamín Vicuña Mackenna en su medio fué lo que se llama vulgarmente una «bala perdida».

Y en el Chile de esos años no podía ser de otra manera. Contra el orden, esfuerzo, realidad y cordura, bases de nuestra patria del siglo pasado, Vicuña Mackenna era el desorden, la improvisación, la fantasía y el talento.

Conspirador, conoció las celdas carcelarias en su juventud, padeció persecuciones, fué desterrado. Político y candidato a la primera magistratura nacional, se puso de frente al Gobierno establecido, no respetó el candidato oficial, denunció las intervenciones y no cesó en hacer enconadas campañas desde su asiento del Congreso, desde la prensa, desde el libro, en favor de una mejor justicia, de una más amplia libertad. Funcionario, mantuvo en todo momento su independencia frente a sus jefes. Autoridad edilicia, transformó la ciudad contra la burla, contra la socarronería de todos sus compatriotas y así pudo dejar en un peñasco convertido en paseo, su mejor testamento de gloria. Escritor, tronó contra toda clase de privilegios y trató por medio del mejor conocimiento de nuestra historia de formar una conciencia chilena.

¡Indudablemente era el desorden!

A la realidad informante del criterio de su medio social opuso la fantasía, la «loca de la casa», ardiente, reidora, disparatera, desenfrenada. Su imaginación, su fantasía, lo hacían un apasionado peligroso, un vehemente constante. Todas sus actividades en su vida de escritor, de político, de profesional, se encuentran dominadas por su libérrima fantasía. No podía encontrarse jamás libre de ella, de su imaginación que le hacía conceder escasa importancia a los problemas de orden práctico, que le inducía a mirar con fátidio su abrumadora y tediosa profesión de abogado.

Pudiendo conservar y acrecentar una gran fortuna sus actividades prácticas no fueron provechosas; tenía más fantasía que criterio práctico y siempre se burlaba del amor desenfrenado al dinero. Crucificó a una conocida familia de Santiago, inventándole un escudo y un lema. El escudo era un cuerno de la abundancia volcando monedas de oro bajo el techo de una pieza vacía, y el lema rezaba. «La bulla pasa y la plata queda en casa». El dístico sirve aún para conocer algunas

características de nuestro más alto medio social, mejor que todos los tratados y todas las disquisiciones.

Tampoco podía su fantasía convertirlo en un perfecto abogado, ya que el perfecto abogado debe carecer de toda fantasía. Nunca se halló a gusto en su profesión y el espíritu de los códigos le estrechaba el alma en una angustia dolorosa. En 1858, en una carta a Mitre, el gran argentino, amigo de toda su vida, le dice: «Así es, amigo mío, puesto que estamos en el terreno de las confidencias que hace ya seis meses a que no escribo sino sobre papel sellado. Y, ¡qué quiere Ud.! A esta clase de escritos, aunque los empape uno de cuanta necedad y de cuanta pedantería hay en los rancios autores, les pone un juez al pie, «como se pide» y ahí tiene Ud., que lo llaman a uno sabio, un hombre de provecho, un futuro ministro, que se yo!»

Tenía una fantasía desbordante, activa, desordenada. La conservó hasta su muerte y en alas de ella dió cima a sus mejores proyectos. La urbanización y transformación de Santiago, tal como pudo realizarla don Benjamín cuando era Intendente, fué una obra fantástica, un producto genuino de la fantasía del «chiflado» de Benjamín, como cariñosamente se referían a él, más de alguno de sus amigos patricios. Y en este predominio de la imaginación en Vicuña Mackenna debemos reconocer en él al romántico.

A la cordura granítica de nuestros antepasados, a ese tradicional «buen sentido» nuestro que tanto daño nos ha hecho y que nos ha sumido en colectivas vergüenzas, opuso Vicuña Mackenna la fuerza pujante de su talento de visionario. Talento de visionario, la frase es justa, para comprender nuestras necesidades, para batallar por nuestro mejoramiento, para encarnar las aspiraciones de una colectividad chilena más consciente, para hacer una patria más firme y más fuerte en una palabra. Ya en 1856, publicó en *El Ferrocarril* un informe sobre *La inmigración europea con relación a Chile*, en el que se adelantaba a este problema pidiendo al Gobierno una organización racional y permanente del movimiento inmigratorio. Como era de esperarlo, no fué oído por las autoridades.

Como político en 1875, siendo candidato a la Presidencia de la República y durante toda su vida, combatió por las libertades individuales y reclamó, en esos años, «un mayor bienestar para el pueblo», según su frase. Como escritor no cesó de referirse a su patria para hacerla mejor y en las páginas de sus historias fué implacable para poner las luces de su talento al servicio del juicio independiente que necesitaban los prohombres chilenos. En *La Asamblea Constituyente* (1858 y 1859), el periódico que fundara en los días atribulados de los últimos años del decenio de don Manuel Montt, se refirió a este mandatario en un juicio que quedará como la expresión de una apreciación inteligente y segura, en que el talento del juez asienta definitivamente la personalidad de la individualidad juzgada: «En don Manuel Montt, Ministro de Estado y Presidente de la República, ha vivido siempre el inspector de colegio; el catedrático de la Universidad. La República le ha parecido un colegio, y su voz, por sonora y grave que la oyera, la ha juzgado como juzgaba antes la bulla de los niños».

Su obra de Intendente y su tesón para transformar la vieja aldea que era nuestra capital, el delineamiento de las actuales avenidas República y España (calificadas de «andurriales» y «extramuros» en la época) ¿no demuestran un talento de visionario progresista y patriota?

Hemos tratado de situar en la vida chilena del pasado siglo a este Vicuña Mackenna, descentrado y fuera de su sitio en su medio y en su época, y hemos visto algunos aspectos de sus extrañas condiciones paradójales de político, de escritor, de funcionario, de hombre y por esto hemos afirmado que es una personalidad misteriosa, casi inexplicable.

También hemos afirmado que su personalidad y su vida son para todos los chilenos una fuente continuada de perdurables enseñanzas, y es preciso decir por qué.

Nos enseña a todos, especialmente a los que somos jóvenes, porque él supo ser siempre joven, porque siempre guardó para el porvenir de su vida, de su obra, de su trabajo, de su patria, una ilusionada esperanza de progreso y de avance.

Y acaso nadie como don Benjamín Vicuña Mackenna,

habría podido repetir, si lo hubiera conocido, cuando en la tarde del 25 de Enero de 1886 en el otoño descendente de su vida entraba en esa noche más larga que las otras que es la muerte, el verso mágico del genial indio americano:

«¡El Alba de oro es mía!»

¡El alba de oro! Con su vida, con su obra, con su actitud, don Benjamín Vicuña Mackenna nos la muestra a todos los jóvenes, como una mañana de esperanza, como un porvenir de progreso y de días mejores.

DON RICARDO DONOSO

Por un acaso feliz el país conmemora el centenario del nacimiento del hombre eminente cuya figura hoy evocamos, en los momentos en que vive con la intensa satisfacción de haber derribado la vergonzosa tiranía que lo oprimía.

Perteneció, señores, Vicuña Mackenna a una generación que despertó a la vida del espíritu al llamado de los mismos acontecimientos, que actuó en los mismos escenarios y que gastó sus mejores energías en la organización de la República. Formada en pos de aquella brillante pléyade de patriotas y estadistas que vió la luz en el glorioso año de la acción de Chacabuco, su acción política e intelectual comienza a hacerse sentir en los últimos años de la Administración Bulnes, para actuar intensamente en los combativos días del Decenio, y entrar desde entonces, en plena madurez, a ocupar un lugar destacado en la dirección de la vida pública.

Formada al calor de la enseñanza y de la amistad del venerable Bello, sintiendo un invencible horror por la implacable política de Portales, comulgando con ardiente entusiasmo con los postulados de la Revolución Francesa, tocada de un firme propósito de dejar una perdurable huella en las páginas de la historia nacional, la generación de 1830, desde las postrimerías de la Administración Montt, comienza a manifestar su actividad renovadora, su espíritu innovador, su consagración al servicio público.

Toda esta juventud ardorosa, de la cual Vicuña Mackenna

era uno de sus miembros más destacados, considera que los moldes en que ha sido vaciada la Constitución Política de 1833 son anticuados, que ella no corresponde a las necesidades de su tiempo, y entonces encara resueltamente su reforma, y en este movimiento tuvo su origen la ley de 27 de Julio de 1865 que consagró la libertad de cultos.

Pero los años transcurrían sin que los acontecimientos les ofrecieran los laureles que ellos pensaban segar en hora temprana; por eso, cuando por esos días se plantea el conflicto con España, no pudieron algunos, y Vicuña Mackenna entre ellos, ocultar su alborozo. ¡Los grandes días de nuestros abuelos vuelven!, escribía lleno de patriótico regocijo y de vehemente impaciencia. Pero la gloria se mostraba aún avara de sus dones y no coronaría sus frentes sino después de intensos sacrificios.

La Guerra del Pacífico ofreció al fin, a los hombres de la generación de 1830, el escenario grandioso que el destino les señalara, y ella sometió a la más dura de las pruebas su capacidad, su espíritu de sacrificio, su patriotismo ardiente y exaltado. Desde los campos de batalla hasta la mesa de los diplomáticos, desde la tribuna parlamentaria hasta la administración, desde las labores de la prensa hasta los mítines callejeros, dieron el más hermoso ejemplo de consagración a la causa nacional, al servicio de la colectividad y al cumplimiento de la que ellos consideraban su misión histórica.

De esta legión de servidores de nuestra nacionalidad, de la cual Vicuña Mackenna es uno de sus elementos más representativos, se ha dicho que no sólo se ocupó de escribir la historia de nuestro país, sino que ella misma trazó algunas de sus páginas más brillantes con su acción heroica y levantada. En efecto, todos estos espíritus superiores, Vicuña Mackenna y Barros Arana, Santa María y Amunátegui, Pinto y Sotomayor, Errázuriz y Lynch, y tantos otros, se sentían los continuadores de una tradición, los ejecutores de una misión transcendental: la de la consolidación de la patria chilena, del afianzamiento de sus instituciones, del progresivo desarrollo de su política liberal.

Todos ellos habían escuchado, allá en sus lejanos días infantiles, en el regazo materno, el eco doloroso de la sangrienta

huella dejada por la política de Portales, en que a la sombra de los Consejos de Guerra Permanentes y de las facultades extraordinarias se extranguló a todas las libertades y se las reemplazó por el capricho de un hombre; y algunos años después, en sus floridos años juveniles, habían experimentado las arbitrariedades del poder y las amarguras todas del capricho autoritario. De aquí fué que se arraigó en sus almas el odio a la tiranía, el amor a la libertad, el respeto a las instituciones; la práctica de la tolerancia. Todo su máximo esfuerzo estuvo dirigido en el sentido de orientar el rumbo del país en la huella trazada en la historia por los pueblos del mundo occidental, por arraigarla en los firmes quicios de los países civilizados, por guiarla por los caminos de la política liberal. El aporte de Vicuña Mackenna a la obra de su generación, como escritor y servidor público, como periodista y como representante nacional, como funcionario de la edilidad y miembro de la Universidad, es excepcional, de singular eficacia cívica y acierto casi genial.

Estos hombres murieron en la creencia de haber dejado asentados sobre firmes bases los cimientos de nuestra organización republicana. En Chile han pasado para siempre los estados de sitio, la clausura de imprentas, los procesos políticos, los golpes de autoridad, escribía Barros Arana en 1880. Medio siglo después, por una de esas amargas ironías del destino, la república se hallaba amordazada por una de las más siniestras dictaduras que recuerdan nuestros anales nacionales, y al conmemorar hoy el centenario del nacimiento del historiador de Santiago, en medio de la alegría de la libertad reconquistada, no olvidemos cuánto el país debe a sus generosos esfuerzos en favor de la libertad de conciencia, de la difusión de la enseñanza, de la organización de las instituciones fundamentales de la República, de la libertad de imprenta, a lo que contribuyó con un desinterés ejemplar y con un patriotismo ardoroso y exaltado. Nada amó más Vicuña Mackenna que su patria chilena, pero para él la patria no eran sólo las montañas y los valles, los árboles y las flores, el cielo azul y la silenciosa floresta; también la constituían la tradición de civismo de los ante-

pasados, el culto de los mayores, el espíritu de sacrificio, el respeto de la ley, la libertad, la tolerancia, la bondad!

¡Veneremos y exaltemos, señores, la memoria de Vicuña Mackenna, gran escritor, gran patriota, gran servidor público, gran chileno por sobre todas las cosas, cuya vida es orgullo del pasado, ejemplo del presente, lección para el porvenir!